

NOTAS SOBRE
LAS ENFERMEDADES DE LA SENSACION

DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LA LITERATURA

NOTAS

SOBRE LAS ENFERMEDADES
DE LA SENSACIÓN

DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LA LITERATURA

A D. Juan Valera

I

*« El amor contiene siempre una
» parte de dolor. Todos los poetas
» eróticos nos han hablado de las
» torturas deliciosas, y del goce
» doloroso del amor.*

» A. ZIMMERMANN. »

Escritas con objeto de contribuir á la vulgarización de una de las ciencias que más interés despiertan actualmente á los curiosos de psicología, estas notas no son sino el análisis y el resumen de algunos tratados de psiquiatría, cuya lectura es demasiado larga y demasiado árida para que los jóvenes literatos se decidan á emplearla.

En España y en América, sobre todo, donde los escritores son generalmente poco aficionados á estudios especiales, es seguro que los diletantes moder-nistas se echarían á reír si alguien les asegurase que para comprender el sentido verdadero de ciertos li-bros es necesario haber leído antes una docena de volúmenes alemanes, italianos y franceses, que son muy largos, que son muy pesados y que ni siquiera tienen el atractivo de la inmoralidad. Porque hoy, en efecto, las obras relativas á los misterios del amor ya no son inmorales. Los sabios modernos, los Lombrosos, los Krafft-Ebing, los Notzing, los Moll, los Legrand, han eliminado de sus estudios todo el encanto perverso de las antiguas obras sobre las anomalías pasionales y no han dejado, en las pá-ginas de sus tesis, sino el relato seco, técnico, sin sentimiento ni emoción, de los casos patoló-gicos.

Empero, no hay más que leer en los libros de Max Nordau y de Ebing los catálogos de novelas en las cuales hay un fondo de sadismo, de masoquismo ó de fetichismo, para comprender que el estudio de esos relatos secos y técnicos son de una utilidad casi indispensable á los que desean darse cuenta del desequilibrio erótico y sensitivo de la literatura ac-tual.

« Los jóvenes literatos — me decía el autor de

Degeneración — han tomado casi todas sus imagi-naciones macabras en los casos patológicos descri-tos por los grandes psiquiatristas contemporáneos. Si quiere usted conocer la fuente de todo lo extra-ordinario de la novela moderna, lea usted la *Psico-patía Sexual* ».

Yo seguí el consejo de mi ilustre amigo: leí la *Psychopatía*, leí la *Dinamogenia General* de Binet, leí *La Locura* de Legrand, leí *Los Bisexuados* de Laurent, leí *El Hombre de Genio* de Lombroso... Y con algunos extractos sacados de esas obras, unas cuantas notas tomadas en la historia de las letras modernas y tres ó cuatro observaciones personales, he compuesto las páginas que hoy ofrezco á los jó-venes literatos de España y América.

II

EL AMOR MODERNO

« El sendero de nuestro pro-
» pio Cielo pasa siempre por la
» voluptuosidad de nuestro pro-
» pio Infierno.

» FEDERICO NIETZSCHE. »

En tesis general, podría asegurarse que el amor — el amor sensitivo, el amor intenso, el amor pa-sión — es, sus en sí mismo y en todos casos, una

verdadera enfermedad que no sólo produce un sufrimiento especial y casi físico, sino que hasta falsea los sentidos de la sensación y del pensamiento.

Lo que en literatura se llama « amor sano », no existe en la Naturaleza ó por lo menos no existe como tal amor. El amor sano, el que no hace sufrir y gozar al mismo tiempo, el que conserva un juicio cabal, no es, en realidad, sino una amistad cariñosa é instintiva que tiene por base filosófica el sentimiento de la perpetuación de la especie. Así los más recientes analistas del erotismo casi no han en contrado interés alguno en el estudio de ese sentimiento. « El amor conyugal — dice Rigault — no es amor ». Y uno de los más distinguidos críticos franceses asegura que el libro menos agradable del universo es *El Amor en el Matrimonio* de Guizot.

El amor-pasión, en cambio, ha inspirado las más bellas páginas de la literatura contemporánea. El célebre libro de Michelet, es una descripción de la mujer como instrumento delicado y enfermizo de placer; el *Amor* de Stendhal se resume á una sola frase: « la pasión es cual la fiebre y la voluntad no tiene nada que ver con ella »; las *Flores del Mal* de Baudelaire, son un verdadero Breviario de los sufrimientos pasionales; y el más admirable libro de Bourget, es una exposición metódica de los padecimientos amorosos de un artista moderno.

Un análisis completo de las memorias de Claude Larcher, nos daría una idea completa de la enfermedad del amor; pero, ¿ cómo analizar ese libro tan complejo, tan variado, tan fragmentario? ¿ qué idea general extraer de la infinidad dolorosa de meditaciones que su propio estado psicológico inspiró al amante de Colette Rigaud? Lo único que puede servirnos para indicar las fases del alma inquieta de Larcher, es la transcripción de algunos pasajes de sus lamentaciones: « Dalila engañó á Sansón con la esperanza de experimentar una sensación nueva entre esos brazos que ella misma iba á hacer encadenar. — Una mujer que ha amado, y que por lo mismo ha sufrido, contempla á las mujeres que coquetean como una mujer que ha perdido á un hijo de carne y hueso, contempla á las mujeres que juegan con una muñeca. — En amor, las grandes desgracias y las grandes dichas tienen su origen en asuntos insignificantes. — Lo que nos enseña á desconfiar del amor, no son las traiciones de la mujer, sino las nuestras. — No es el amor, ni tampoco el honor lo que hace que un amante engañado piense en matar: la idea del asesinato procede de los sentidos. — En amor, como en lo demás, las únicas agonías deseables son las agonías breves. — El amor es una enfermedad y el enfermo más cuerdo es el que sufre sin pensar, como un animal. — La ven-

ganza más cruel de una mujer consiste á veces en sernos fiel.»

Estas frases dolorosas y desoladas, no son tal vez enteramente justas; pero en todo caso nos indican el estado de las almas enfermizas de nuestro siglo y nos preparan mejor que el más elocuente de los discursos, para oír sin gran asombro las confesiones de las almas verdaderamente enfermas, de las almas de los sadistas, de los masoquistas, de los fetichistas y de los que padecen de inversión sexual.

III

EL AMOR CRUEL

« Los besos y los mordiscos son
» tan idénticos que los que aman
» con todo su corazón pueden con-
» fundirlos.

» A. VON KLEIZT. »

El sadismo no es sino la exaltación morbosa de uno de los instintos más naturales del hombre: el instinto de la crueldad.

Todos, en efecto, llevamos en el fondo de nuestras almas una fiera que duerme — encadenada á veces por la piedad, á veces por la timidez, á veces

por la religión. — Cuando esa fiera despierta, tenemos necesidad de contemplar el sufrimiento ajeno para lograr el propio goce. ¿Y quién puede asegurar que su fiera no ha despertado nunca? Aun los más timoratos y los más clementes, han sentido, en ciertas ocasiones, leyendo el relato de una batalla ó escuchando los detalles de una aventura dramática, el placer que los dolores ajenos proporcionan.

Y no se diga que la crueldad es un sentimiento de refinados, pues, por el contrario, nada hay de menos « humanitario » en el sentido falso que á esta palabra se dá, que el hombre natural, entregado á sus sentimientos. Todas las razas primitivas fueron crueles. El goce ante el dolor ajeno, es un sentimiento innato en el hombre. Lo artificial y lo refinado, sería más bien la sensibilidad humanitaria, en caso de que un sentimiento cualquiera pudiese ser artificial.

« Los hombres — dice Teófilo Gautier — tienen grandes pretensiones de originalidad y, sin embargo, no han podido ni siquiera inventar un nuevo pecado ». Tampoco han podido inventar un nuevo sentimiento. Las complicaciones, los refinamientos y las delicadezas de que se hace gala en ciertas épocas de actividad cerebral, no son, en el fondo, sino matices exagerados de modos muy antiguos de sentir. La historia nos obliga á confesar á cada instante que lo que á nosotros se nos figura nuevo, es antiquísimo.

El sadismo, como enfermedad pasional, tiene la misma edad que el Amor, y sólo puede parecernos nuevo por los estudios científicos que á propósito de él se han hecho últimamente y por lo mucho que los literatos modernos han hablado de sus manifestaciones sociales.

« La *combatividad* y el deseo de matar — dice Schaefer — son atributos tan naturales del hombre, que la existencia de una conexión entre esos deseos sanguinarios y los deseos puramente voluptuosos no pueden ser puestos en duda. Y hasta puedo asegurar, fundándome en observaciones que sería imposible refutar, que aun los hombres dotados de un perfecto equilibrio psíquico y sexual, sienten á veces los primeros síntomas precursores del deseo amoroso después de haber leído libros en que hay descripciones de batallas ó de cacerías emocionantes ».

IV

BARBA AZUL

El ejemplo más característico y más terrible de sadismo que la historia humana nos refiere, es la leyenda de Gil de Rez, el *Barba Azul* misterioso de los cuentos de Perrault, el apasionado taciturno y sanguinario del *La Bas* de Huysmans.

Gil de Laval, barón de Retz y señor de Montfort, nació en Bretaña en el año de gracia de 1396.

Guerrero y cortesano, sirvió á Carlos VII en sus luchas contra los ingleses, y se dió á conocer en el sitio de Orleáns como uno de los más bizarros, de los más nobles y de los más ricos capitanes del ejército de Francia. Su juventud fué idéntica á la de todos los nobles de su época, y el proceso que más tarde instruyó contra él la corte de Nantes, no contiene ninguna acusación contra su vida militar, — tal vez porque sus instintos crueles no se manifestaron sino más tarde; tal vez porque la sangre de sus primeras víctimas se perdió en el torrente vertido por las espadas de Juana de Arco.

Las primeras faltas de que la historia le acusa, no tienen, en realidad, nada de terribles. « Gastando más dinero del de que podía disponer y pudiendo disponer de rentas considerables, llenóse de deudas desde el principio » dice un cronista de la época. — Su castillo de Retz fué, en efecto, una de las viviendas feudales más suntuosas del siglo xiv. Las fiestas que allí se celebraban, llegaban generalmente á tomar proporciones fantásticas, aspectos épicos, caracteres babilónicos. Más que fiestas feudales, eran orgías interminables en las que todo estaba permitido. El anfitrión no exigía sino que las copas estuviesen siempre llenas y los lechos siempre ocupados.

Las antiguas baladas de Bretaña hablan de esas bacanales con admiración y con terror: « Todas eran gente de fama — de fama y de juventud — todas entraron en el castillo — y allí vivieron varios días — nadando en un mar de vino — de vino y de hipocras — las bellas y los galanes — todos en vino nadando — los que salieron, no salieron sanos — y no todos salieron — ni aún al cabo de muchos días ».

Pero poco á poco Gil de Rez fué fatigándose de la monotonía ruidosa de las orgías, como antes se había fatigado de la monotonía heroica de la guerra. Su alma misteriosa no encontraba ya grandes placeres en los festines. Las mujeres mismas y el goce que las mujeres proporcionan, llegaron á parecerle fastidiosos. Sus esposas y sus queridas, morían decapitadas. Una leyenda antiquísima que sirvió de documento al divino Perrault para componer el cuento de *Barba Azul*, nos refiere la última aventura matrimonial del señor de Retz. « Una tarde pasó cerca del castillo, caminando hacia Molaix, un caballero llamado Odón de Tremeac, conde del Rey, dueño de Krevent y de otros lugares; á su lado cabalgaba, en un caballo blanco, una linda doncella, novia suya, Blanca de Herminiére. Gil de Retz les invitó á descansar un instante y bebió con ellos una copa de hipocras. Los dos viajeros tenían urgencia de continuar su ruta y así lo dijeron al barón; pero éste se mostó

tan obsequioso y tan amable, rogándoles que esperasen, que la noche vino sin que se hubiesen separado. De pronto unos veinte de arqueros se apoderaron del conde Odón de Tremeac y le encerraron en un calabozo profundo. Entonces Gil de Retz ofreció su amor y su nombre á la linda doncella. Blanca se echó á llorar. Y mientras ella lloraba, la capilla llenábase de luces y de perfumes, y las campanas sonaban alegremente para anunciar sus bodas, y los vasallos cantaban cánticos nupciales. Blanca fué conducida al pie del altar, pálida como un bello lirio y temblorosa como una hoja de la floresta. El señor de Laval, magníficamente ataviado, hermoso, con su barba roja llena de perfumes, fué á colocarse á su lado.

« — Deprisa, señor capellán — dijo — casádnos en seguida.

» — ¡No! — exclamó Blanca; — yo no quiero al barón como esposo.

» — Pero yo quiero que nos casen.

» — ¡No nos caséis, señor cura, no nos caséis!

» — Obedeced á mis órdenes, capellán.

» Y como Blanca tratase de huir, el barón la cogió entre sus brazos y le ofreció sus tierras, sus castillos, sus prados, sus montes, sus joyas, sus tesoros, su alma y su cuerpo.

» — Está bien — terminó Blanca — acepto lo que

me ofreces ; de hoy más eres mío, me perteneces en cuerpo y alma.

» La linda doncella habíase metamorfoseado en un diablo azul que sonreía al lado de Gil de Retz.

» — ¡ Maldición ! — gritó el señor de Laval.

» El diablo azul prosiguió, después de haber lanzado una carcajada siniestra :

» — Dios se cansó al fin de tus maldades ; ahora perteneces al infierno. Mira tu barba.

» La barba de Gil de Retz se había vuelto azul oscura.

» — Y eso no es todo — siguió diciendo el demonio : — en adelante ya no eres el señor de Laval, sino Barba Azul, el más horrible de los hombres, el terror de los niños. Y tu nombre será maldecido por toda la eternidad ; y tus cenizas serán echadas al viento después de tu muerte ; y tu alma espantosa bajará al infierno.

» Gil quiso arrepentirse ; pero el diablo le habló de sus siete víctimas, sus siete mujeres enterradas en los subterráneos del castillo. Luego le dijo :

» — El conde Odón, á quien yo acompañaba disfrazado de doncella, cabalga en estos momentos por la ruta de Elven, acompañado por todos los gentiles hombres del país de Redón.

» — ¿ Y qué vienen á hacer ?

» — Vienen á vengar á las que fueron matadas por tí.

» — Entonces estoy perdido.

» — No, porque aún no ha llegado tu hora.

» — ¿ Quién los detendrá ?

» — Yo, que necesito de tu ayuda y de tu amistad, mi querido y buen caballero.

» — ¿ Los detendrás ?

» — Sí ; los detendré porque estoy seguro que me servirás mejor estando vivo que estando muerto. Adiós, y no olvides que eres mío.

» El diablo azul cumplió su palabra impidiendo que los gentileshombres del país de Redón llegasen hasta el castillo. Pero desde ese instante Gil de Retz fué su esclavo ».

Esta leyenda popular de Bretaña, marca, de un modo poético, el instante en que Gil de Retz, después de haber decapitado á sus seis esposas, comenzó á buscar con el apoyo ideal de fuerzas infernales, la satisfacción completa de sus deseos voluptuosos y sanguinarios.

En compañía de un aventurero inglés y de un sacerdote italiano, quiso evocar á Lucifer por medio de rituales sangrientos. Lo mismo que en las misas negras del abate de Guibourg y de madama de Montespán, en las ceremonias evocadoras del señor de Laval, la sangre fresca de los niños y de las mujeres era el más indispensable elemento. En menos de cinco años fueron degollados y hechos materialmente

pedazos, en el castillo de Tiffauges, unos ciento cincuenta niños y hasta cien mujeres. Al principio el mariscal no mataba á sus victimas sino para extraerles las entrañas y ofrecerlas en olocausto á Satanás; pero más tarde, cuando su paciencia comenzó á cansarse de esperar en vano al ser Todo Poderoso en el Mal que debía revelarles los secretos del goce infinito y de la riqueza inagotable, sus crímenes tuvieron por verdadero objeto apagar su sed de crueldad voluptuosa. En los documentos reunidos por Durtal, hay algunos que indican, con detalles espeluznantes, los diversos métodos que Gil de Retz empleaba en sus sacrificios humanos. En general los niños y las mujeres que caían entre sus garras no morían sino después de haber servido durante algún tiempo como instrumentos de exaltación voluptuosa. Á veces el barón comenzaba por hacerles pequeñas heridas para introducir en ellas los dedos ó la lengua. En otras ocasiones cortábales un brazo con el cual les azotaba después, mientras su amigo, el sacerdote italiano, lamía la sangre de la llaga. Cuando una de sus victimas mostraba una fuerza de vitalidad extraordinaria, Gil de Retz le ofrecía la mitad de su lecho para oirla agonizar en el silencio de la noche y para acariciar, tranquila y largamente, sus miembros ablandados y humedecidos por el dolor y por la sangre.

Y lo curioso, lo extraordinario, lo que mejor nos

prueba la atracción que los grandes criminales del amor ejercen entre las mujeres, es que, cuando el señor de Laval fué quemado por los jueces de Nantes, muchas damas de su linaje levantaron el cuerpo muerto entre sus nobles brazos, y se disputaron el honor de cubrir de besos su hermoso rostro carbonizado.

V

CASOS DE AMOR CRUEL.

El sabio moderno que mejor y más claramente ha expuesto los caracteres científicos del sadismo, es Krafft-Ebing. La traducción completa del capítulo de su *Neuro-psicopatía general*, titulado *Relaciones entre la crueldad activa, la violencia y la voluptuosidad*, sería el mejor medio para explicar el asunto de que hablamos. Desgraciadamente las proporciones de ese capítulo, con relación á las de este estudio, no me permiten sino ofrecer á mis lectores un extracto en el cual trataré de seguir de una manera fiel las explicaciones del ilustre médico austriaco.

Los primeros caracteres psíquicos que indican el íntimo parentesco que existe entre el amor y la crueldad, se encuentran en los casos en que dos seres

sanos y nerviosos se muerden y se arañan en los momentos de la suprema voluptuosidad, como si se odiaran. El odio y el amor, son, no solamente las dos manifestaciones más profundas de la pasión, sino las dos únicas formas de la pasión: ambos sentimientos agitan la esfera psico-motriz y llegan, por medio de esta agitación, á sus manifestaciones naturales; ambos provocan, una vez exaltados, el deseo de reaccionar por todos los medios posibles, y con la fuerza más intensa de que pueda disponerse, contra el objeto que determina la exaltación.

Cuando la pasión amorosa alcanza su grado máximo, el amante trata de causar un padecimiento al objeto amado, y en ciertos casos llega á torturar, á herir y aun á asesinar á su compañera de placer. Lombroso asegura, en su *Hombre delincuente*, que este instinto cruel existe también en algunos animales.

El sadismo es la exageración anormal de ciertos caracteres de la existencia pasional, que se manifiestan, sobre todo en el hombre y que le producen una sensación de goce infinito é impulsivo. En algunos casos el sadismo es doble y el sadista encuentra torturas en la voluptuosidad y voluptuosidad en las torturas: una mujer hermosa le hace pensar en la sangre; la sangre le hace pensar en una mujer hermosa.

« Empíricamente es imposible establecer una dis-

tinción entre los casos de sadismo congénital y de sadismo adquirido. Muchos individuos enfermos originalmente, hacen grandes esfuerzos durante mucho tiempo para sobreponerse á sus instintos, á sus deseos perversos, y mientras son jóvenes y fuertes logran, en efecto, contentarse con torturas imaginarias; pero más tarde, después de haber triunfado sucesivamente de todas las contra-razones éticas y estéticas, y después de haberse convencido en más de una oportunidad de que el amor natural no les proporciona un placer completo, las inclinaciones morbosas se rebelan y se manifiestan exteriormente. Entonces la disposición perversa y original conduce á los actos tardíamente, por lo cual algunos se figuran que la enfermedad no es congénital sino adquirida. Desde luego, pues, debe creerse que este estado psicopático existe siempre *ab-origine* ».

Á veces el sadismo se complica de hiperestesia é inspira actos verdaderamente inverosímiles, como el de un italiano llamado Grassi, que, según Lombroso, asesinó á la mujer de quien estaba enamorado, á su padre y á sus dos hermanos; y luego, cuando todos los seres humanos que vivían á su lado desaparecieron, bajó al establo y mató varios bueyes.

Otro ejemplo, más terrible aún, es el siguiente, contado por Fuerbach: Un campesino, llamado Andreas Richel, se enamoró de una muchacha, y en el

delirio de su pasión la cortó en pedazos, tratando de imitar á los carniceros; cuando el cuerpo de su víctima estuvo dividido como el de un carnero, comenzó á comerse los trozos que más blandos le parecían.

Al lado de estos horrores, la vida y las obras del marqués de Sade parecen casi inofensivas. Abandonemos, pues, durante un instante, las crueldades referidas por los sabios, y hablemos del autor de *Justina*, siquiera por ser él quien dió su nombre á la enfermedad que nos ocupa y por haber querido convertirse en el apóstol de lo que él mismo llamaba « la religión de la perversidad ».

VI

EL MARQUÉS DE SADE

El marqués Alfonso de Sade nació en París, en el hotel de la princesa de Condé, el 2 de junio de 1740. Lo mismo que todos los nobles de su época, comenzó sus estudios entre sacerdotes y los terminó entre militares. Á los quince años de edad, era ya teniente de la guardia real.

Después de la guerra de los Siete Años, en la cual tomó parte como capitán de coraceros de Su Majes-

tad, casó con una de las más elegantes y de las más bellas señoritas de la burguesía parisiense, con la señorita de Montreuil, hija de un magistrado influyente y rico.

Al cabo de algunos meses de vida conyugal, el marqués de Sade comprendió que su alma era demasiado inquieta para vivir atado á otra alma y que sus nervios necesitaban sacudimientos más intensos que los que una burguesa honesta y enamorada podía proporcionarle. En pleno período de luna de miel, abandonó, pues, á su esposa y se refugió, acompañado por una bailarina del teatro de la Comedia, la célebre Beauvoisin, en su palacio de Comptat.

Pero tampoco los besos complicados de las cortesanas bastaban á llenar sus deseos. Su complejión psíquica tenía necesidad de algo que fuese extraordinario, de algo que todos los ricos hombres de su tiempo no pudieran hacer, de algo, en fin, que no se pareciese á los placeres monótonos de los cortesanos parisienses.

Su primera aventura característica, fué la secuestro de madame Rose Keller. Un día el marqués ordenó á sus criados que buscaran dos mujeres perdidas y que las dejaran en su alcoba; luego fué á presentar sus respetos á las damas nobles que vivían cerca de su casa. Al volver, encontró á Rosa Keller en la plaza de las Victorias; saludóla atentamente;

la acompañó un trecho; y cuando se halló en una calle desierta, la hizo entrar por fuerza en un carruaje y la condujo á su domicilio. « Ya en su granero — dice un escritor del siglo pasado — encerróse con ella en una pieza, tomó una pistola y amenazándola de muerte la obligó á desnudarse, después de lo cual la ató contra una cama y la dió de azotes hasta que el cuerpo de la pobre mujer estuvo cubierto de sangre. Entonces el malvado sacó de un bolsillo de su uniforme un frasco de unguento y le frotó las heridas. Después la dió un beso en la boca y fuese derecho á terminar la noche en compañía de las dos cortesanas que le esperaban en su propio aposento y que le proporcionaron un infinito goce ». — Al día siguiente Rosa Keller se presentó ante las autoridades pidiendo justicia contra el marqués de Sade que fué, en el acto, encarcelado y puesto á la disposición de un oficial de la justicia de su majestad que le condenó á un año de presidio. Su encierro, sin embargo, no duró sino dos meses, gracias á la intervención del mismo Luis XV.

Una vez libre, el protegido del Rey, no pensó más que en satisfacer sus deseos ardientes y criminales. Abandonó desde luego el puesto de teniente general de la Bresse que su padre le había legado algunos años antes; estudió en los archivos reales todos los documentos relativos á los crímenes cometidos por

amor; comenzó á escribir historias pornográficas y espeluznantes. Sus contemporáneos le consideraron desde entonces como un monstruo, y naturalmente sus primeras obras consiguieron un éxito enorme, á pesar de no tener nada de admirables. « Para hacer el análisis de uno de sus libros, — dice un crítico francés — sería necesario hablar de cadáveres sangrientos, de niños martirizados, de mujeres degolladas al fin de las orgías, de copas llenas de sangre y de vino, de tormentos ingeniosos, de calderas llenas de aceite hirviendo, de cráneos rotos, de pieles humanas, de escenas de blasfemias, de mordiscos, de corazones arrancados, de pechos heridos... y aún eso sólo sería el análisis de una página de cualquiera de sus novelas ». Debo decir que el autor de estas líneas fué un crítico romántico que no veía en los libros sino el lado épico y que aseguraba que para escribir la vida de un monstruo era necesario ser también un monstruo.

En realidad de verdad, las novelas del marqués de Sade son menos inmorales y más fastidiosas que su vida. *Justina* — su obra maestra — es la historia de una niña que cae entre las manos de una banda de bohemios de la lujuria y que se ve condenada á servir de instrumento de placer á todos sus dueños. Las escenas sanguinarias y obscenas que forman el fondo de la obra, son, en efecto, de un

diabolismo inconcebible; pero abundan de tal modo y se repiten tan á menudo, que el lector llega á no ver en ellas sino un panorama monótono, delirante y falso. En cuanto á la parte filosófica del libro, nada tan inocente y aun tan simple. El marqués de Sade se proponía probar que la virtud conduce á la desgracia. Y para apoyar su tesis con todos los argumentos de que podía disponer, escribió más tarde una continuación á *Justina*, titulada *Julieta*, en la cual asegura de un modo indirecto, que sólo por medio del vicio puede llegarse á la ventura perfecta.

Los Crímenes del amor son una colección de novelas cortas en las cuales el gran libertino se muestra menos presuntuoso y más humano que en las obras antes citadas, « Amor — dice el prólogo — divino Amor, fruto divino que el cielo nos permite cultivar en la tierra para endulzar la vida, Amor, divino Amor, ¿ por qué inspiras tantos crímenes á los hombres? » Una de las historietas de los *Crímenes del amor*, *Oxtiern*, tuvo tal éxito á su aparición, que la misma *Gaceta* del Gobierno habló de ella en términos elogiosos, á pesar de la mala fama del autor. Oxtiern es un príncipe escandinavo que viola á una doncella llamada Ernestina Falkenheim, de noble raza, y que en seguida la lleva por fuerza á una posada. El dueño de la posada que es « por rara casualidad » un hombre de conciencia, incapaz de mentir é incapaz

de contribuir á una mala acción, dá parte á la familia de Falkenheim del paradero de Oxtiern y de Ernestina. El padre y el hermano de la doncella se precipitan hacia la posada, dispuestos á matar al seductor, pero éste, que no tiene ganas de batirse, se escapa por una ventana. Al verse sola Ernestina se viste con el traje de guerra de su forzador y va á colocarse en la puerta de su estancia, dispuesta á luchar contra él. De pronto aparece Falkenheim armado de los pies á la cabeza; Ernestina le toma por Oxtiern y le ataca con un vigor sobrenatural, con una fuerza llena de odio, con un coraje febril. Afortunadamente el dueño de la posada — hombre-providencia — hace cesar el duelo entre padre é hija é indica el lugar en donde Oxtiern está escondido.

Las demás obras del marqués de Sade son idénticas á *Justina*, á *Julieta* y á los *Crímenes del amor*. En todas ellas los crímenes son más numerosos que las bellas frases y los pasajes fastidiosamente libertinos más frecuentes que las escenas interesantes.

Su biografía, en cambio, es una verdadera odisea de libertinaje. Por desgracia, la historia de las indiscreciones literarias y pasionales no posee sino las crónicas de los tribunales para reconstituir esa biografía. Su primer crimen conocido, el tormento de Rosa Keller, data de 1768. En el mismo año el marqués sedujo á la hermana de su mujer é hizo con ella